

## EL SIGNIFICADO Y EL PAPEL DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA PARA LA TEOLOGÍA SISTEMÁTICA<sup>1</sup>

*Monseñor Jorge Medina Estévez*

### 1. Introducción

Se puede decir tentativamente que la "teología sistemática" es el conjunto de "tratados" orgánicamente contruidos y que contienen los enunciados de la fe cristiana. Son partes de un todo, de un orden que muestra la unidad del designio salvador de Dios. Su "organicidad" es precisamente lo que justifica hablar de un "sistema", y debajo de estos dos conceptos está subyacente el de unidad. Hoy día cuando se habla de "teología sistemática" se apunta a la dogmática, y no a la moral, o a la exégesis, o al derecho eclesiástico. Ha habido una progresiva especialización que ha ido atomizando el conocimiento y, por una cierta paradoja, la "teología sistemática" no siempre permite ver con claridad la unidad de la "economía" divina.

Desde las Sentencias de Pedro Lombardo, y los numerosos comentarios que se escribieron sobre ella, pasando por las Sumas -entre las que destacan las de Santo Tomás de Aquino- y hasta los innumerables manuales de teología publicados durante este siglo, puede apreciarse una convicción básica: la fe es una unidad y el creyente desea percibirla como tal.

El objetivo directo del Catecismo de la Iglesia Católica no es el de corregir tales o cuales exposiciones sistemáticas de la fe cristiana y

<sup>1</sup> Artículo publicado en *Seminarium* 33 (1993) 189 ss.

católica. Se da por supuesto que hay diversos modos legítimos de presentar sistemáticamente la fe, y es también legítimo pensar que ninguno de ellos es tan perfecto que pueda pretender excluir a los demás. Pero es bien posible que algún o algunos intentos de sistematización muestren limitaciones y que, atendiendo al Catecismo, puedan subrayarse elementos que permitan percibir mejor la riqueza de la fe y el hilo conductor de la revelación.

## 2. La unidad del misterio de la fe

En la carta a los Efesios hay en los capítulos 4 y 5, un llamado a la unidad en la comunidad. Ese llamado está precedido por una exposición acerca de la revelación del Misterio de Cristo, a la que están consagrados los capítulos 1 a 3. El tránsito del tema de la unidad del misterio de la salvación al de la unidad en la comunidad, está al comienzo del capítulo 4: "Un solo Cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a la que habéis sido llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos" (Ef 4,4-5). Esta vigorosa afirmación de la unidad del Misterio de Dios debiera tenerse siempre presente en la teología sistemática y es éste uno de los elementos claves del Catecismo. La Constitución Apostólica *Fidei Depositum* nos dice que "las cuatro partes (del Catecismo) se articulan entre sí: el misterio cristiano es el objeto de la fe (primera parte); es celebrado y comunicado en las acciones litúrgicas (segunda parte); está presente para iluminar y sostener a los hijos de Dios en su obra (tercera parte); es el fundamento de nuestra oración... (cuarta parte)... En la lectura del Catecismo de la Iglesia Católica se puede percibir la admirable unidad del Misterio de Dios, de su designio de Salvación..."<sup>2</sup>. El mismo Catecismo señala, como la primera de las indicaciones prácticas para su uso, que "...está concebido como una exposición orgánica de toda la fe católica. Es preciso, por tanto, leerlo como una unidad"<sup>3</sup>.

La insistencia en la unidad del Catecismo, que no es sino un reflejo de la unidad del Misterio de la salvación, es una invitación a resistir la tentación de hacer de los diferentes tratados de la teología algo así como "departamentos estancos". En la revelación y en la realización del designio de gracia todo está trabado, todo es interdependiente. Si bien es cierto que son muchas las verdades de la fe, todas ellas están entrelazadas porque son facetas de la verdad plena. Esta maravillosa unidad no sólo se percibe en el campo de la oración. Y no sólo puede hablarse de "unidad" al interior de cada una de las partes del Catecis-

<sup>2</sup> JUAN PABLO II: Constitución Apostólica *Fidei Depositum*, Nº 3.

<sup>3</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica* Nº 18.

mo, sino que cada parte pertenece a las demás y ninguna parte puede comprenderse a cabalidad sino en relación con las otras.

Esta unidad implica, inicialmente, un esfuerzo de reflexión para no reducir el horizonte y para ir percibiendo lo que Hans Urs von Balthasar llamó la "sinfonía de la verdad". El símil de la sinfonía es particularmente sugestivo de una multiplicidad que sólo tiene consistencia en la unidad. El papel -tan importante- del director, se realiza plenamente cuando los instrumentos y las voces se integran en el momento preciso y con su aporte específico, de modo que lo múltiple tenga unidad y lo diverso tenga armonía.

En las Sagradas Escrituras la música ocupa un papel importante. Bastaría tener presente que los salmos fueron compuestos para ser cantados al son de instrumentos, para tener una percepción de cómo Dios ha considerado en su economía el aporte sugerente de la música. Me imagino que quiénes han participado en la salmodia cantada de la Liturgia de las Horas, han tenido una percepción en cierto modo nueva y más profunda, aunque quizás inexpresable, del contenido de las palabras. No es de extrañar, entonces, que en una de las visiones del Apocalipsis aparezca el Cordero rodeado del sonido poderoso como de muchas aguas o del fragor de un gran trueno, y que ese sonido era como de citaristas pulsando sus cítaras y cantando un cántico nuevo (cfr. Ap 14,2-3). La visión sugiere la majestad de Dios a través de la potencia del sonido, pero sugiere al mismo tiempo la armonía de su obra a través del sonido suave y delicado de las cítaras.

Es interesante el adjetivo "sistemática" aplicado a la teología. Un "sistema" está constituido por un conjunto de relaciones interdependientes, de tal modo que la totalidad funcional depende de cada uno de los elementos. En un sistema bien construido ningún elemento es superfluo: cada uno es necesario y cada falencia influye negativamente sobre todo el sistema.

De lo anterior fluye una conclusión nítida: el conocimiento profundo -sapiencial- del Misterio de la salvación supone no sólo la adhesión intelectual a los contenidos conceptuales de la fe, sino su "experiencia" en la liturgia, su vivencia en la actuación cotidiana, su contemplación en la oración.

Esa luminosa unidad, luego de una etapa reflexiva y analítica, va conduciendo al hombre a una honda unidad interior, unidad que va creciendo en simplicidad y que se refleja necesariamente en la unidad del ser y de su acción.

Dentro de esta perspectiva puede hablarse de "jerarquía de verdades", no porque unas verdades lo sean más o menos que otras, sino porque algunas son presupuestos absolutamente necesarios para comprender el sentido de otras. ¿Quién podría entender el sentido de los sacramentos cristianos si no conociera previamente el misterio de la

Encarnación del Verbo? ¿Quién podría tener un concepto adecuado del hombre si no conociera su elevación al orden de la gracia, su pecado, su situación de naturaleza caída y, no obstante, su destino a la gloria?

### 3. La dimensión espiritual

El Catecismo, como toda verdadera teología, se mueve en el ámbito de la fe, de esa fe por la cual "sabemos que el universo fue formado por la palabra de Dios, de manera que lo que se ve, resultase de lo que no se ve", y sin la cual "es imposible agradar a Dios" (Hb 11,3.6). La dimensión de la fe permite al hombre escapar a la trampa de vivir sumido en lo aparente, y quedarse en la corteza de las cosas. No existen dos "mundos" yuxtapuestos, cada uno de los cuales sería autónomo y pudiera ser comprendido sin el otro. En el orden del universo "lo visible se ordena y se subordina a lo invisible, lo temporal a lo eterno"<sup>4</sup>. Hay, por lo tanto, una sola perspectiva válida para comprender el sentido del hombre y del mundo, y toda perspectiva que ignore la eternidad, la gracia y la gloria, es incompleta. No digo que las realidades temporales sean despreciables o que carezcan de sentido, o que su sentido sea puramente negativo: lo que estoy afirmando es que no se sustentan por sí mismas ni tienen en sí mismas la explicación cabal de su ser. Un texto de san Pablo ilustra lo que queda dicho: "el hombre naturalmente no capta las cosas del Espíritu de Dios; son necedad para él. Y no las puede conocer pues sólo espiritualmente pueden ser juzgadas. En cambio el hombre de espíritu lo juzga todo, y a él nadie puede juzgarlo" (1 Cor 2,14-15).

La dimensión o el horizonte de la fe son los del espíritu. El Catecismo apunta, pues, al conocimiento espiritual que es don y fruto del Espíritu Santo, que nada rechaza de lo que ha sido creado, pero que discierne qué es lo que es grato a Dios y hacia donde nos mueve el Espíritu de Dios, de modo que podamos en verdad ser hijos suyos (cfr. Rm 8,1-27). Así es que el objetivo del Catecismo no es la erudición ni el conocimiento científico, ni siquiera en el campo religioso (aunque sean útiles como medios al servicio de la sabiduría), sino otro tipo de conocimiento: el conocimiento espiritual, el que introduce en el Misterio de Dios y en la dispensación de sus dones de salvación.

El conocimiento espiritual nace, sin duda, de la fe, pero quedaría incompleto sino se proyectara en la vida: a un conocimiento espiritual debe corresponder una vida espiritual, que no es negación de lo corporal o temporal, sino ordenamiento de todo el hombre según el espíritu de Dios y hacia su único destino definitivo, que es sobrenatural. En la carta a los Gálatas, san Pablo enumera las obras de la carne (cfr.

<sup>4</sup> CONCILIO VATICANO II: *Sacrosanctum Concilium*, N<sup>o</sup> 2.

5,19-20), por completo opuestas a los frutos del Espíritu (cfr. 5,22-23). Así es la "palabra de Dios viva y eficaz, más cortante que espada de dos filos que penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu" (Hb 4,12).

La dimensión espiritual está presente en el Catecismo de varias maneras. Desde luego no lo está como si a ella estuviera dedicado un artículo, o un capítulo, o una sección: si así fuera, lo "espiritual" sería un "tema" entre tantos otros y no una "dimensión", es decir un aspecto que pertenece intrínsecamente a todo el misterio cristiano. La "dimensión espiritual" tiene que ver, a mi juicio, con el don de temor de Dios, o sea con la actitud reverentemente amorosa del creyente que adhiere a la revelación del misterio para vivir de él y en él. La dimensión espiritual es lo que diferencia un conocimiento puramente científico, de lo que es "sabiduría de Dios". Es bien difícil definirla o categorizarla; resulta más fácil "percibirla" a través de un conocimiento que no es exclusivamente conceptual, sino de cierta "connaturalidad" entre el sujeto y el objeto, connaturalidad que en definitiva no es posible sino mediante la acción del Espíritu y es fruto de ella. Así como hay un *sensus fidei*, hay también un *sensus Spiritus*.

El lector del Catecismo sabe que la Cuarta Parte de él está dedicada a la oración y es bien posible que haya habido lectores que han comenzado la lectura por esa parte, buscando alimento para su vida espiritual. Sin embargo, quien comienza la lectura del Catecismo por el principio, se da cuenta rápidamente que todo el texto invita a la oración y que la Revelación no es propuesta solamente para recibir una adhesión intelectual, sino para ser objeto de amorosa contemplación. Dicho en otra forma, el Catecismo es un instrumento al servicio de la relación personal y vital entre el hombre y Dios, relación que constituye precisamente la "dimensión espiritual".

Una de las cosas que más destaca en el Catecismo es la abundancia de textos de Padres de la Iglesia, así como de santos y santas de todos los tiempos y de las diversas tradiciones cristianas. Esa continua ilustración de la doctrina con escritos que atestiguan la experiencia espiritual de los santos es el reconocimiento explícito de que esos hombres y mujeres movidos por el Espíritu, tuvieron una percepción muy honda y exacta del alcance salvífico de la Verdad revelada por Dios. Los textos de los santos no siempre son explicaciones conceptuales: con frecuencia revelan actitudes vitales que son la respuesta exacta a la Palabra de Dios que interpela, ilumina, alienta y ayuda a discernir. Las palabras de los santos no son sólo "argumentos" probatorios sacados de la Tradición más pura de la Iglesia, sino que son testimonios válidos de la "vivencia" de la fe, es decir de la fe vivida con la fuerza de la gracia y en el gozo del Espíritu Santo.

Hay una palabra de Jesús que es particularmente pertinente en el contexto de la "dimensión espiritual": "El Espíritu es el que da vida, la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida. Pero hay entre vosotros algunos que no creen..." (Jn 6,63-64). En el contexto en que fueron dichas estas palabras parece claro que hay una relación muy íntima entre "espíritu" -"Vida"- y "fe". "Espíritu" y "vida" son frutos de la palabra cuando es acogida con fe, cuando se cree. En cambio, quien permanece en las exterioridades se queda "en la carne", no tiene acceso al mundo de la fe, al mundo de lo que no se ve y, en definitiva, a la vida. Y como la vida es lo que cuenta, la carne, que no da acceso a la vida, no sirve de nada (recordemos aquí que "carne" no es sinónimo de "corporal" o "material", sino de lo que se opone al "espíritu"). Un poco más adelante el apóstol Pedro va a señalar, ante la defección de muchos discípulos, que ellos, los Doce, no lo abandonarán "porque tú tienes palabras de vida eterna y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios" (Jn 6,68-69). El apóstol ha percibido la relación entre la Palabra de Jesús y la vida: sus palabras son "palabras de vida eterna", es decir, palabras portadoras de vida eterna, palabras que introducen al misterio de la vida verdadera, que es la eterna. Y por eso agrega que "nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios": no se puede reconocer a Jesús como el Mesías sino por medio de la fe. Jesús es "el Santo" de Dios, título muy vecino sino equivalente al de "Ungido" de Dios o "consagrado" por el Padre para realizar la misión de la salvación que no es otra que la de hacer que tengamos vida, y la tengamos en abundancia (cfr. Jn 10,10). Así, adquieren su pleno significado las palabras de Pedro que dice a Jesús: "Señor, ¿donde quién vamos a ir?" (Jn 10,68), lo que incluye la confesión de que al margen de Jesús o prescindiendo de El, no hay posibilidad de vida. Más tarde el mismo Pedro diría al Sanedrín que fuera del de Jesús "no hay bajo el cielo otro nombre por el que nosotros debamos salvarnos" (Hech 4,12). Aquí aparece la íntima relación entre "salvación" y "vida" a partir del beneficio de la restitución de la salud al paralítico.

Es legítimo subrayar la "dimensión espiritual" como elemento unificador del Catecismo: es todo el mundo de la gracia, de la santificación del "hombre espiritual" lo que está subyacente a la Revelación, a la Liturgia, a la Moral y a la Oración.

#### 4. El empleo de la Sagrada Escritura

Es indudable que el Catecismo tiene como fundamento la Revelación, tal como se nos transmite mediante la Sagrada Escritura y la Tradición, a cuyo servicio está el Magisterio apostólico. Un documento especial del Concilio Vaticano II, la Constitución dogmática *Dei Verbum*,

expuso la doctrina católica acerca de las Sagradas Escrituras y precisó las relaciones entre ellas, la Tradición y el Magisterio. No es del caso volver aquí sobre esa luminosa enseñanza, pero conviene destacar el papel que la Escritura ocupa en el Catecismo y cómo constituye un elemento basilar de su enseñanza.

El día en que se votó en la Comisión Doctrinal del Concilio Vaticano II el famoso texto de la Constitución dogmática *Dei Verbum* -en ese momento en etapa de proyecto- que dice que "la Iglesia no saca exclusivamente de la Escritura la certeza de todo lo revelado"<sup>5</sup>, yo estaba sentado al lado del entonces P. Henri de Lubac, y lo oí musitar en voz baja el siguiente comentario: "quisiera saber si hay alguna verdad de fe que se pueda probar por la sola Escritura, prescindiendo de la Tradición". El gran teólogo y futuro Cardenal expresaba en esa forma su convicción acerca de la vinculación intrínseca entre la Sagrada Escritura y la Tradición de la Iglesia, vinculación necesaria e indisoluble. El pensamiento de De Lubac iba más allá de lo expresado en el Concilio. Este tema, importante, es aquí lateral, pero conviene tenerlo presente.

El lector del Catecismo puede comprobar sin dificultad que el texto del mismo está entretejido de citas y referencias a los libros inspirados. Puede decirse que esa riqueza bíblica es uno de los valores más significativos del Catecismo y que constituye un punto de partida para ahondar en el estudio de su enseñanza.

El modo de empleo de las Sagradas Escrituras en el Catecismo tiene una característica que vale la pena subrayar, y es que no se adentra ni se pronuncia acerca de las hipótesis exegéticas, ni acerca de los argumentos en que ellas pueden apoyarse, sino que "lee" la Escritura como la leyeron los Padres, a la luz de la Tradición y en continua referencia al Magisterio. No es, por lo tanto, una lectura "científica", sino pastoral; no la que corresponde al especialista, sino la de quien es pastor, servidor de la palabra y maestro del Pueblo de Dios. No hay que comprender esto como si hubiera oposición entre el trabajo exegético científico y el uso pastoral de la Escritura, pero hay que conceder que son dos "estilos", dos "métodos", dos "servicios" diferentes. Y séame permitido expresar la convicción de que el trabajo científico en la Iglesia debe estar al servicio del ministerio pastoral. Es posible que el Catecismo abra caminos a un empleo de la Sagrada Escritura en la Iglesia que refleje mejor la unidad Escritura-Tradición-Magisterio, y aleje la impresión de que en el catolicismo una metodología puramente crítica y con sabor a *sola Scriptura* puede conducir a alguna parte.

<sup>5</sup> *Dei Verbum*, N° 9.

## 5. El concepto clave de "salvación"

Bastaría la sola consideración de que el nombre propio del Hijo de Dios hecho hombre es "Jesús", es decir "Dios salva", para deducir de allí que el concepto de "salvación" es clave en la revelación cristiana. Así, resulta completamente natural y dentro de la "lógica" de Dios que el Catecismo emplee con suma frecuencia la categoría de "salvación" y los conceptos afines, como son "salvador" o "salvífico". Expresiones como "misterio de salvación" y "sacramentos de salvación" ponen de manifiesto que sin la comprensión de lo que es la salvación no se puede entender lo que es la economía cristiana o simplemente el cristianismo.

La categoría de "salvación" es clave para la antropología cristiana. La realidad histórica del hombre es que ha sido elevado al orden de la gracia, que pecó, que ha sido redimido del pecado, pero que esa redención tiene que alcanzar en concreto a cada hombre para devolverlo al designio original y a su destino final. Así la salvación es una necesidad absoluta para el ser humano: no es una especie de "adorno" prescindible, o una ayuda *ad melius esse*, sino algo de lo que precisa simplemente para ser lo que debe ser. En la situación histórica real del hombre, la santidad es el resultado de la acción salvadora de Dios: es santidad por vía de salvación.

La encarnación del Hijo de Dios tiene como finalidad "salvar al pueblo de sus pecados" (Mt 1, 21), y esa salvación se realiza precisamente por medio de un acto de culto, como es su muerte sacrificial y su resurrección, que constituye la actitud paradójicamente contraria por humillación y obediencia (cfr. Rm 5, 17-19; Flp 2, 6-11) a la soberbia y a la desobediencia de los orígenes (cfr. Gn 3, 1-6). La acción de Dios se inscribe, pues, en un designio salvífico, y su realización es la economía de la salvación. La vida de la Iglesia, el anuncio del Evangelio, la celebración de su liturgia, el estilo de vida de sus hijos y la orientación tanto del corazón de cada creyente como de la comunidad toda, son campos en lo que se despliega la gracia salvífica.

La dimensión de la salvación no puede prescindir del hecho de que el pecado hizo presa del hombre a través de la instigación del Maligno y que su acción nefasta, exactamente contradictoria con la acción salvadora de Dios, se hace presente cada día por la vía de la confusión, del engaño y de la trastocación de los valores. Así es que la salvación no es sólo una categoría aplicable al pasado, sino que está en juego en todo momento. "Ser salvo" -expresión frecuente en el Nuevo Testamento- es sinónimo de haber pasado de la muerte a la vida y de encontrarse bajo la acción de la gracia en la situación del hombre nuevo, que es según Jesucristo, quién vive de él, camina por él y conoce por él la verdad (cfr. Jn 14, 6).

Comprender la fe cristiana en clave de salvación es percibir que el ser humano no sólo tiene una necesaria e insoslayable referencia a Dios en virtud de la creación y de poseer un ser precario que no se explica por sí mismo ni en cuanto a su origen ni en cuanto a su finalidad, sino que esa referencia a Dios se duplica -valga la expresión como aproximación- en virtud de una segunda referencia, tan insoslayable como la primera, y que es la de la salvación. Si los símbolos de la fe comienzan con el reconocimiento del Padre como Creador, todos desarrollan también la misión del Hijo como Salvador y todos ven en el Espíritu Santo al que sostiene y acompaña a la Iglesia dándole vida, especialmente a través de los sacramentos.

Si la idea de salvación desaparece del horizonte de la fe del creyente, queda profundamente falseada su relación con Dios. Si la necesidad de la salvación no juega un papel explícito y dinámico en la vida de la Iglesia, difícilmente se podrá sostener y vitalizar su acción apostólica y misionera. La comprensión de la Iglesia como "sacramento de salvación", tan característica de la eclesiología del Vaticano II, es sugerente tanto para no olvidar jamás que se encuentra en dependencia y al servicio del único Salvador, como para tener siempre presente que su misión apunta a la salvación, en todas sus vertientes, pero sin perder de vista que entre esas varias dimensiones la de la deificación acá, en la tierra, y la consecución de la gloria en la vida eterna, constituyen el foco y el centro de referencia a todas las demás.

## 6. El Catecismo en los estudios eclesiásticos

El Santo Padre Juan Pablo II ha expresado con mucha claridad, y también con insistencia, varias directrices para el uso del Catecismo de la Iglesia Católica.

En la imposibilidad de hacer un estudio profundizado acerca de dichas orientaciones, me limito a algunas de ellas, con la esperanza de que en un tiempo no lejano se publiquen los documentos del Papa en que se refiere explícitamente al Catecismo, a fin de poder apreciar mejor, leyendo el conjunto, cómo dichos documentos se iluminan y complementan mutuamente.

- a) "El Catecismo de la Iglesia Católica que aprobé el 25 de junio pasado, y cuya publicación (en el texto latino "promulgación"), ordeno hoy en virtud de la autoridad apostólica, es una *exposición de la Iglesia y de la doctrina católica*, atestiguadas o iluminadas por la Sagrada Escritura, la Tradición apostólica y el magisterio eclesiástico"<sup>6</sup>.

<sup>6</sup> JUAN PABLO II: Constitución Apostólica *Fidei Depositum*, Nº 4.

- b) "Lo reconozco (en el texto latino "declaro") como un instrumento válido y autorizado al servicio de la comunión eclesial y como norma segura para la enseñanza de la fe"<sup>7</sup>.
- c) "Pido... a los pastores de la Iglesia y a los fieles, que reciban este Catecismo con espíritu de comunión y lo utilicen constantemente cuando realizan su misión de anunciar la fe y llamar a la vida evangélica. Este Catecismo les es dado para que les sirva de texto de referencia seguro y auténtico para la enseñanza de la doctrina Católica..."<sup>8</sup>.
- d) "...he aprobado el Catecismo de la Iglesia Católica, que presento como el mejor don que la Iglesia puede hacer a sus Obispos y a todo el Pueblo de Dios. Se trata de un valioso instrumento para la nueva evangelización, donde se *compendia toda la doctrina que la Iglesia ha de enseñar*"<sup>9</sup>.
- e) "El nuevo Catecismo quiere ser un don para todos. Con respecto a este texto, nadie se debe sentir ajeno, *excluído o extraño*, pues se dirige a todos, al estar implicado el Señor de todos, Jesucristo, el que anuncia y es anunciado, el esperado, el Maestro y el modelo de todo anuncio"<sup>10</sup>.
- f) "*Compendio de la única y perenne fe católica*, constituye un instrumento cualificado y autorizado para testimoniar y garantizar la unidad de la fe... Este Catecismo nos es dado como punto de referencia seguro para el cumplimiento de la misión que se nos ha confiado en el sacramento del orden, de anunciar la "Buena Nueva" a todos los hombres en nombre de Cristo y de la Iglesia"<sup>11</sup>.
- g) "Hay que recibir la publicación de este Catecismo como una *verdadera gracia del Señor* en vísperas del nuevo milenio. En el mundo de hoy, marcado por procesos preocupantes de secularización, que desembocan a menudo en el ateísmo... *se siente por todas partes la sed de certeza* en la profesión de la fe y en el compromiso personal de conversión y vida cristiana. El reciente Catecismo quiere responder a esta necesidad. Por su misma naturaleza de verdadero texto catequístico, será

<sup>7</sup> Ibid.

<sup>8</sup> Ibid.

<sup>9</sup> JUAN PABLO II: *Discurso inaugural de la IV Conferencia general del Episcopado Latinoamericano*, Santo Domingo (12 de Octubre de 1992).

<sup>10</sup> JUAN PABLO II: *Discurso en la ceremonia de publicación*, (Roma, 7 de Diciembre de 1992).

<sup>11</sup> JUAN PABLO II: *Carta a los sacerdotes el Jueves Santo de 1993*.

sin duda una ayuda para la nueva evangelización, presentando integro el mensaje de Cristo, sin mutilaciones o falsificaciones"<sup>12</sup>.

Estos breves textos, a los que se podrían agregar no pocos más, demuestra que el Papa ha comprometido su autoridad apostólica al aprobar y promulgar el Catecismo. No se trata de un simple permiso de publicación, de un *nihil obstat*, sino de un acto de magisterio ordinario mediante el cual el Pontífice certifica que la doctrina expuesta en el Catecismo expresa fielmente la fe de la Iglesia y la doctrina católica. El destino universal del texto subraya su valor doctrinal, y lo mismo la calidad de "punto de referencia" no sólo para la composición de catecismos locales, sino para la enseñanza de la doctrina católica.

Siendo así, es preciso concluir que *la lectura y asimilación del Catecismo constituyen necesariamente parte de la formación de los candidatos al ministerio de la Iglesia* que se recibe mediante el sacramento del Orden. Estimo que el estudio del Catecismo tiene que tener un lugar importante en los cursos de Teología, sea haciendo referencia a él en los diversos tratados, sea tomando el Catecismo como tal como objeto de estudio y material para la oración. Una actitud de desinterés por el Catecismo, sea en los docentes de Teología, sea en los estudiantes, sería signo negativo con respecto a la comunión eclesial y al "sentir con la Iglesia". Al momento de establecer el catálogo de la "biblioteca mínima" de un candidato a las órdenes, me parece evidente que el Catecismo forma parte necesaria de él.

Podría plantearse aún otro problema y es, si la sistematización del Catecismo pudiera ser un esquema válido para el estudio de la Teología dogmática y moral. Es, pienso, un tema discutible y en todo caso no aplicable al estudio de la Historia de la Iglesia, del Derecho Canónico y de la Sagrada Escritura. Si el esquema del Catecismo no se considerara apropiado -y tal juicio podría apoyarse en buenas razones- eso no obsta para que el Catecismo como "punto de referencia" deba estar presente en la enseñanza del dogma y de la moral. Incluso podría imaginarse que el Catecismo fuera objeto de un estudio directo y continuado en una etapa propedéutica de la formación al ministerio sacerdotal o diaconal.

## 7. Conclusión

Las reflexiones que se han hecho en las páginas anteriores no responden quizás a las expectativas que haya podido engendrar el

<sup>12</sup> JUAN PABLO II: *Discurso a los Presidentes de las Comisiones nacionales de Catequesis*, Roma (29 de Abril de 1993).

título de este artículo. Ese título corresponde al encargo que recibí y era susceptible de diferentes enfoques. Pensé que la amplitud que permite el título era una gentil indicación para que el tema pudiera desarrollarse con gran libertad y según el personal ángulo de quién escribiera, y así me he tomado la libertad de exponer algunas "líneas de fuerza" que me parecen recorrer todo el Catecismo, y que tal vez no siempre están muy explícitamente presente en el discurso teológico. Estas líneas son, a mí modo de ver, uno de los aportes más valiosos a la teología sistemática. La fragmentación de la Teología y la creciente especialización de los teólogos, reclaman con urgencia ciertas líneas conductoras, capaces de suministrar elementos unificadores a la ciencia del designio de la salvación, que es uno aunque desarrollado en múltiples acciones. La unidad del Ministerio de la Salvación es, en la medida en que podemos percibirla, una preguustación de la contemplación que ocupará todas nuestras capacidades cognoscitiva en la gloria y, consecencialmente, todas nuestras capacidades de amor y de alabanza.